

Los unos y los otros

Esta nueva normalidad es, en esencia, tan anormal como la antigua

kioskoymas#acabos@fundacionfaes.org
FELIPE BENÍTEZ REYES



A estas alturas, tenemos la sensación de habernos convertido en actores del teatro del absurdo. Hemos pasado por situaciones que han puesto a prueba no solo nuestra responsabilidad colectiva, sino también nuestra credulidad individual. Nos hemos visto encerrados, por ley, en nuestra casa, de la que podíamos salir para comprar tabaco, pero no para comprar un bote de pintura para repintar el salón y así distraer el ocio y la angustia. Podíamos ir al supermercado a comprar garbanzos o ginebra, pero no a la zapatería a comprar unas babuchas que nos hicieran más confortable el confinamiento. Se trataba, en definitiva, de aceptar la gestión caótica del caos. La alternativa consistía en no gestionarlo ni bien ni mal.

Todo era un poco incoherente, sin duda, pero decidimos darlo por necesario, y eso me parece modélico y plausible. ¿Obedecemos por responsabilidad? ¿Por miedo? Lo mismo da una cosa que otra: hubo que asumir la evidencia de una catástrofe para evitar una catástrofe mayor. Al fin y al cabo, lo que hasta hace nada considerábamos un patrón de vida normal tampoco es que fuese demasiado normal, y esta nueva normalidad es tan anormal, en esencia, como la antigua. Simplemente hemos cambiado de parámetros sociales mediante el cambio forzoso de nuestros parámetros mentales: antes de esto, el peligro estaba en que nos picase el mosquito del dengue o en que nos mordiera una víbora si andábamos de turismo por la Amazonia; ahora, el peligro puede estar en que un familiar te bese. De repente, todos hemos ido a parar a la categoría de los hipocondríacos.

Bueno, todos no... En los mundos alternativos de la conspiranoia, donde la realidad se convierte en una fantasía oscura, se ha optado por negar la existencia del virus, lo que en principio debería ser una fuente de tranquilidad para ellos, pero el caso es que los conspiranoicos han entrado en pánico: están convencidos de que la presunta pandemia no es más que una maniobra camuflada para exterminar a buena parte de la población mundial. Se ve que nadie puede ser del todo feliz en tiempos de desventura global.

Tampoco puede ser feliz el PP con el fondo europeo de ayudas, pues lo que puede ser beneficioso para los españoles puede no serlo para su España, según parece. De ahí el que opte por convertir una buena noticia en una noticia pésima, gracias al mismo procedimiento psicológico por el que otros deciden que lo peor que puede ocurrirnos es que se encuentre una vacuna para una enfermedad. Ante situaciones absurdas, tendemos a volvernos absurdos. Ahora la mascarilla es obligatoria y la discoteca opcional. Y ahí vamos.

Nada es gratis

JAVIER ZARZALEJOS

Superar la crisis es dar el paso, de verdad, hacia un modelo productivo que dote a la economía española de la resistencia que otros países han demostrado

La idea de gratuidad es uno de los efectos indeseados más negativos que se han generado con el desarrollo de un modelo de bienestar social que a pesar de sus grietas e insuficiencias constituye un extraordinario mecanismo redistributivo y de protección. Nada es gratis. Decir que la sanidad o la educación pública son gratuitas es una afirmación rigurosamente falsa si se tiene en cuenta lo que ambas rúbricas representan en los presupuestos públicos. Pensar que cuando se levantan los peajes las autopistas 'son gratis' significa creer que se mantienen solas, que algún benefactor las señala sin coste alguno o que la asistencia en esas vías la presta desinteresadamente un valeroso grupo de voluntarios, cuando la realidad es que si el usuario deja de pagar todo eso, quienes lo pagan son los contribuyentes. El espejismo de la gratuidad, solemnizado por la izquierda en aquella imborrable afirmación de una ministra de Zapatero, «el dinero público no es de nadie», no es precisamente un aliciente para cumplir de manera más escrupulosa con nuestros deberes de ciudadanía, entre ellos el de exigir a los políticos el respeto al dinero público que en realidad es dinero privado transferido al Estado por quienes cotizamos a la Hacienda pública.

Cuando se le preguntó a la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, cómo se pagaría la deuda que la UE iba a contraer para dotar el Fondo de Recuperación recién acordado en Bruselas, aquella contestó con una claridad meridiana: o se aumentan las contribuciones de los Estados al presupuesto comunitario, o se recorta este o se crea un sistema de ingresos propios de la Unión mediante la atribución a las arcas comunitarias de nuevos impuestos sobre el plástico, ajuste de carbono en frontera, mercado de emisiones y tasa Google. La realidad es que esas opciones no han resultado tan mutuamente excluyentes. Des-



JOSÉ IBARROLA

cartado el aumento de contribuciones nacionales, el acuerdo político ha exigido que no solo se acepte la creación de estos nuevos impuestos europeos, sino que, a la vez, se recorte muy significativamente el presupuesto plurianual de la Unión (MFF en jerga comunitaria) incluida la Política Agraria Común.

El recorte presupuestario —rechazado por el Parlamento Europeo— puede ser, en consecuencia, el primer pago al Fondo de Recuperación que en España ha vuelto a hinchar la celebración de la gratuidad. Dinero por decenas de miles de millones —140-000— y además gratis, porque no se trata sólo de que esos 72.700 millones que van a recibirse en forma de subvenciones no haya que devolverlos, sino que, además, se nos dice que tampoco serán necesarias contraprestaciones significativas en materia de reformas. Incluso hay quien ha llegado al delirio de proclamar que España puede dar lecciones a Holanda y a Austria en materia de reformas, debe de ser, por ejemplo, porque la admirada 'mochila austriaca' para

el aseguramiento de las pensiones en realidad se inventó en Madrid.

Es decir, parece que nos ha tocado el gordo sin necesidad de comprar un décimo. Pero no es así. Sobran tantas muestras de autocomplacencia, con ovación y vuelta al ruedo incluidas, mientras se echa en falta una apelación sincera y realista al rigor con que España tiene que responder a ese acuerdo histórico —que lo es— y objetivamente favorable para nuestro país. Si el acuerdo es histórico, España debe estar a la altura.

Para empezar, tenemos que reparar el daño reputacional que significa la necesidad de una asistencia como la que nos va a prestar la Unión. Debemos asumir que España va a estar bajo una estrecha observación no solo de Rutte y 'los frugales' sino de Alemania y de la propia Comisión. Si los países más críticos con el Fondo se aseguraron de que contarían con un 'freno de emergencia' para evaluar el cumplimiento de los Estados receptores, la posibilidad de accionar ese freno no se va a olvidar, entre otras razones porque 'los frugales' tienen que vender el acuerdo a sus respectivas audiencias, entre las que dar dinero 'gratis' no es precisamente popular. Habrá que encajar los recortes si se confirman, esperar que los nuevos impuestos sean ratificados por cada Estado miembro y generar proyectos de alto valor añadido idóneos para recibir la financiación del fondo.

Seguramente no somos todavía conscientes del impacto económico y social de la crisis, agravada si cabe por la generalización de rebrotes. En todo caso, superar la crisis no es volver a 2019 sino dar el paso, de verdad, hacia un modelo productivo que dote a la economía española de la resistencia que otros países han demostrado. Y esto sí que no es gratis, sino que requiere esfuerzos políticos y sociales que necesitan ser liderados de manera creíble. Nada más lejos del autobombo y de la demagogia asistencialista que el desafío que España tiene por delante.

Algo que celebrar

ALBA CARBALLAL

Escribo esta columna constreñida entre dos celebraciones frustradas: por un lado, el 23 de julio se celebró un postergado Día del Libro, más modesto que el habitual Sant Jordi y con un deje estival difícil de obviar, por mucha voluntad e imaginación que le echemos los juntaletas y los libreritos. Por otro, mañana —para ustedes hoy— es el día del Apóstol Santiago, es decir, el Día Nacional de Galicia: la festividad más importante de mi tierra, que este año no olirá

a Albariño ni sabrá a pulpo á feira, ni llenará la casa vieja de mis abuelos paternos del habitual jolgorio. Me pregunto, con la mano rebuscando dentro de un bolso lleno de incertidumbre y de mascarillas a medio usar, cómo recordaremos todo esto el año que viene: si lo haremos con la angustia instalada en los pulmones o desde la carcajada que precede al olvido.

Este Día del Libro veraniego no he pasado más de diez minutos dentro de una li-

brería, y he comprado un solo ejemplar —y cero rosas—. Llevo quince años haciendo algo parecido al menos una vez por semana y, sin embargo, no todos los días reviso las galeradas de un libro fabuloso, ni cada mes un amigo recibe un premio que reconozca su talento. Con el día de Santiago me ha pasado algo similar: mientras fantaseo con la jarana del año próximo, aprovecho para celebrar que, aunque esta vez no podamos festejar en condiciones el día nacional de nuestra patria chica, mi madre se ha apuntado a clases de inglés para poder salir de ella más a menudo. En tiempos de coronavirus, los triunfos íntimos puntúan doble; y venga como venga el futuro, ya encontraremos la manera de celebrar lo que sea. O como dicen por aquí: malo será, rapaza, que aínda nunca choveu que non escampara.